

en amor purísimo, todas las ideas están impregnadas de ese espíritu universal, que rompiendo la corteza del antiguo templo, se dilataba por todo el mundo y recogía en su seno á todos los pueblos. El Apocalipsis y el Evangelio son dos monumentos cristianos, hijos de un mismo autor, pero escrito el primero á la sombra de la idea antigua para edificar al pueblo hebreo, y escrito el segundo entre los reflejos del mar de Grecia para atraer á la nueva religion todos los hombres, para bautizar en el nuevo espíritu de vida especialmente á los paganos. Así el Evangelio rompe el recinto estrecho en que se agitaban los primitivos cristianos, muestra que el templo más digno de Dios es la conciencia de la humanidad, enseña las ceremonias y los ritos caídos en el polvo merced á la reconciliación del hombre con su Criador por medio del Verbo, y abre los brazos para recibir á los paganos, á todas las gentes, porque Jesús no es solo hijo de Dios, es hermano de todos los hombres, y ha sido enviado para redimir de la culpa á todos los pueblos. El destino del primer siglo está consumado.

Resumamos todas las ideas capitales que hemos encerrado en estas dos lecciones, que estudian el Cristianismo en su primer siglo. El pueblo judío debía ser elegido para dar la idea religiosa al mundo, porque el pueblo judío guardaba en su templo la unidad de Dios. El pueblo judío había

llevado esta idea entre las tempestades, y como un solitario, como un eremita, se había refugiado en el seno de una caverna para que el viento no apagase, no extinguiese su idea. Todas las razas de la tierra habían pasado ante el pueblo judío, y el pueblo judío había resistido á sus espadas, á sus encantos, á sus cadenas. Babilonia le había sometido, y en su cautiverio se dilató el horizonte de sus esperanzas. Grecia cantó sus antiguas dulces armonías en sus oídos, y la idea griega fué como una flor nueva nacida en el ara de Jehová. Alejandro con su espada abrió un camino triunfal á la idea griega, y el pueblo judío holló este camino para llevar por el mundo su Dios y su culto. Roma llevó á Jerusalem sus águilas; y bajo las alas del águila creció el espíritu del pueblo judío, la idea de su conciencia y de su vida. Protestó contra los romanos con todo el vigor de su espíritu, y vencido, no se resignó á su vencimiento. La esperanza de su salvador, de su mesías, fué el refugio, el asilo de su corazón atribulado y dolorido. Todos los días en las calles de Jerusalem se levantaba un libertador, que blandía su espada como una eterna amenaza sobre la frente de los romanos. Estos libertadores del pueblo vivían vida tempestuosa en las calles y en los campos, y morían muerte dolorosísima en el patíbulo, en la cruz. Y de aquí dos partidos en el seno de la Judea, un partido, que transigia con el espíritu

pagano, el saduceo; un partido rígido, severo, incontrastable, que no transigia con el espíritu de ningún pueblo, con la idea de ninguna raza, los fariseos. El saduceo llevaba al pueblo judío las ideas de todos los pueblos, y el fariseo aislaba al pueblo judío en el seno de su templo, para que su idea no se perdiese entre el tumulto de los antiguos dioses. Y allá en el fondo de los desiertos, lejos de la vida civil, política y religiosa de los hebreos, se refugiaban sectas que rompían todo lazo con la tierra, que vivían vida común, que buscaban un nuevo Dios en la soledad de su pensamiento y de su conciencia. Y aquí, en el desierto, se levantaban los últimos profetas, los que venían á preparar las vías al verdadero Dios. Por fin, y en consonancia con las promesas del Señor, y con el estado febril verdaderamente extraordinario del pueblo, aparece en la Judea Jesucristo, el Redentor de los hombres, el Salvador, no de un pueblo, no de una raza, no; el Salvador de toda la humanidad. Nacido en la pobreza, criado en el dolor, errante en sus primeros años, encerrado en los desiertos, seguido de unos pobres discípulos educados en las orillas del mar de Tiberiades, al revés de todos los reveladores, no se dirigió á los sacerdotes, sino al pueblo; no predicó á los soberbios, sino á los humildes; no amó á los fuertes, sino á los débiles; no buscó guerreros que extendieran por la fuerza su doctrina, sino el corazón

del niño, el amparo del desvalido, las lágrimas de la pobre mujer, las bendiciones de los desheredados; y con su doctrina y con su ejemplo mostró que no solamente traía á la tierra y á la conciencia humana una nueva idea, sino también una nueva vida. Cristo no había venido á destruir la ley y los profetas, sino á completarlos y cumplirlos; no había venido á continuar la opresión de los pueblos, sino á declararlos á todos libres, iguales y hermanos; no había venido con sed de mando y de riquezas, sino con sed de amor para el pobre; no había venido á mantener la ley del fuerte contra el débil, sino á exaltar al humilde, al desgraciado, al inocente; no había venido á continuar la guerra del hombre contra el hombre, sino á volver bien por mal, á orar por los que le perseguían y le calumniaban, á ofrecer un ideal de perfección á sus enemigos, á dar vida eterna con su muerte á sus mismos martirizadores, á sus propios verdugos; señal evidente de que encerraba en sí la naturaleza de un Dios. Esta doctrina debía ser contrariada por los fariseos, debía ser perseguida por los sacerdotes de la antigua ley. Y en efecto, Jesús muere, pero deja su herencia á sus discípulos. Era necesario extender esta gran doctrina moral del bien práctico y positivo por el Oriente, embriagado con su misticismo y sus ensueños; ofrecer este ideal de dolor y de sufrimiento á la Grecia, hundida en su lecho de flores

y embriagada con su vino de Chipre; elevar este ideal de la debilidad y de la mansedumbre á los ojos de la Roma pretoriana, adoradora de la guerra; infundir, en una palabra, este soplo de libertad en la tierra bien hallada con su antigua histórica servidumbre. Y para esto, el espíritu de Dios descendió del cielo á iluminar á los Apóstoles de la nueva doctrina, porque el espíritu de Dios jamás abandona á la tierra en sus grandes crisis, á la humanidad en los momentos decisivos de su vida. El Cristianismo venia de la antigua ley, pero era necesario que rompiese sus ceremonias, sus ritos, como la caña de trigo rompe la semilla para dar de sí más tarde la dorada espiga. El Cristianismo debia manifestar en su primera manifestacion que era hijo natural del Antiguo Testamento, porque si no nunca hubiera convertido al Oriente. Y esta primera necesidad la satisfacen San Pedro y Santiago. San Pedro y Santiago no se apartan de la sinagoga, no llaman á los paganos, no quieren que los neófitos sean admitidos sino despues de la circuncision y de las ceremonias antiguas, fundando aquella primer Iglesia de Jerusalem, humilde, modesta, que maldice á los poderosos y exalta á los pobres, que establece la comunidad de bienes, que no extiende sus ojos más allá de la Judea. Esta primera manifestacion cristiana está perfectamente representada por Santiago y San Pedro. Y la doctrina cristiana no debia encerrarse en el

Oriente, debia pasar á Roma, porque si era necesario que el Oriente se despertase de su ensueño místico para darse á las buenas obras, era tambien indispensable que Roma encontrara un ideal de virtud capaz de domeñar su fuerza; y Grecia, un amor purísimo, que la limpiara de sus amores epicúreos y carnales; y el mundo, la libertad y la vida, que lo sacaran del fondo de las gemmonías de los esclavos. Para mostrar el Cristianismo universal, Dios tocó en el corazon de uno de sus más ardientes enemigos, en San Pablo. Con él comienza la edad de la fé y concluye la edad de los ritos y de las ceremonias antiguas. Activo, batallador, de un carácter severo, de una fuerza de voluntad incontrastable, innovador como toda alma grande y generosa, práctico, sumamente práctico y positivo en sus obras, gran organizador, carácter que parece impropio de los Apóstoles y propagadores de una nueva idea y de una nueva doctrina, sufrido como un mártir, dispuesto á desafiar toda suerte de inclemencias por su fé; el gran Apóstol; alza sobre las ruinas de la sinagoga la Iglesia universal, abre los brazos á los gentiles, destruye los ritos y las ceremonias mosaicas, proclama que la verdadera circuncision es la circuncision del alma, predica la salvacion por la fé en la verdad viva y manifesta en Cristo, nos ofrece al Salvador como la imágen visible del Dios invisible, como el resplandor de su gloria, como la en-

carnacion de su sustancia, único mediador entre la tierra y el cielo, y de esta suerte muestra la universalidad de su doctrina y la grandeza de su fé. Era necesario extender estas doctrinas por otros más dilatados horizontes, mostrar que el Verbo está en Dios como la luz en el sol, como la vida en el mundo; unir los hombres con su Dios por medio del amor, de la caridad, y este gran fin lo cumple San Juan, el discípulo predilecto, el compañero de Jesús, el testigo de su muerte y de los triunfos de la Iglesia; San Juan que vive un siglo y que corona con su Evangelio los tiempos apostólicos.

Las ideas principales de San Juan son la explicacion del Verbo y las relaciones del hombre con Dios. El Verbo en la tierra habia sido explicado antes de San Juan; la explicacion del Verbo en el cielo corresponde á este maravilloso Apóstol. Y al mismo tiempo que explica las relaciones de identidad y de diferencia del Verbo con Dios, explica las relaciones de armonía del hombre con su Creador. San Juan, iluminado con ese amor divino, que es la esencia de su vida, la luz de su doctrina, no se contenta con acercar los hombres á Dios, quiere unirlos, sí, unirlos indisolublemente por medio del Verbo, Dios y hombre á un mismo tiempo; del Verbo, que abre á la frágil humanidad el océano de la vida celeste, de la vida perenne, de la vida divina, en cuya presencia son co-

mo minutos los siglos de los siglos. San Juan explica tambien admirablemente el sentido de la vida futura, no bien comprendida por los primitivos cristianos. Por medio del amor el Padre está unido con el Hijo, y el Hijo con el Espíritu, y el Espíritu con la Iglesia, y la Iglesia con toda la humanidad. Así el hombre se levantará del fondo de la tierra, se despertará del seno de la muerte, y transformándose por la gracia y el amor divino, dejará su frágil naturaleza, su naturaleza de un dia aquí en la tierra, para subir más allá de los mundos á participar en el seno del Padre de esa vida divina, que ha criado todo el universo. Hé aquí cómo Dios habia completado su idea. San Pedro, Santiago y San Marcos habian explicado la ley; San Pablo, San Estéban y San Lucas, la fé y la idea de la humanidad unida en el Cristianismo; San Juan el amor y el Verbo unido con Dios. Tal es la doctrina contenida en los primeros monumentos del Cristianismo. El Padre, centro de la vida; el Hijo, revelacion del Padre en el tiempo; el Espíritu, unido con el Padre y el Hijo y revelándose á toda la humanidad en la Iglesia. El Padre como Creador es vida; el Hijo como Redentor es amor; el Espíritu como Revelador es luz. El Padre, el Hijo y el Espíritu son la vida, la luz y el amor del mundo. No lo olvidemos. Todavía me parece que veo á Jesús en la montaña predicando una moral como no la habian podido presentar los

filósofos del mundo; todavía el eco de su palabra está en el aire bendito que respiro, porque las palabras del sermón de la montaña todos los días me las repetía mi madre; todavía me parece ver al jefe de la Iglesia llamando á los judíos, esta bleciendo la Iglesia, espirando en el polvo de la ciudad romana, en aquel polvo, del cual, como del polvo del Paraíso, había de salir una nueva humanidad; todavía me parece que veo al Apóstol de los gentiles, perseguido por los fariseos, calumniado por sus hermanos, lleno de tribulaciones, entre los tormentos y el fuego de las hogueras y los ahullidos de las muchedumbres, predicar la verdad divina; todavía mi espíritu se detiene en Efeso, se cierne sobre la isla de Patmos, y en aquella hermosa soledad, en la hora en que la sirena griega exhala su último cántico en las ondas celestes del Mediterráneo, y el sol se pierde en el indeciso límite del horizonte, y aparece la primer estrella en el desierto cielo, vé como el Apóstol querido escribe su Evangelio, la última palabra del Cristianismo en el primer siglo, la corona de esta obra inspirada por Dios, que va á ser el ideal de la humanidad.—He dicho.

EL GNÓSTICISMO.

LECCION SESTA.

SEÑORES:

Hemos visto el Cristianismo en el primer siglo; sí, el Cristianismo en su movimiento interno, en su progreso propio, en sus dogmas, fuera del contacto de toda otra idea, de toda otra escuela. Le hemos visto nacer con el Salvador, triunfar desde la cruz, extenderse por Oriente con San Pablo, por Roma con San Pedro, por Grecia con San Juan. Hemos visto que contenía en sí la idea del Padre, del sér eterno, absoluto, superior á la idea del Oriente; la idea del Verbo como no la había concebido Grecia; la idea del espíritu, á que no había llegado Roma en su trabajo por constituir la unidad del mundo y de la humanidad. El Oriente, ese gran cenobita, ese gran solitario de la historia antigua, meditando en el fondo de sus bosques, á la orilla de sus lagos, al pié de sus volcanes, en las